

Poesía ó religión, dogma ó arte, ciencia ó tradiciones, historia ó leyenda, el oriente horrible del mal en la vida interesa por todo extremo al hombre y crea en todas las teogonías, y entre todos los pueblos, tipos muy semejantes á los sendos tipos de Adán y Eva, expulsados del Paraíso y sometidos al mal, es decir, expulsados de su inocencia, de su ignorancia, de sus respectivas cunas y sometidos al horrible y desgraciado mundo. ¡Cuán siniestra revelación la de que necesita la tierra ser consumida por el vegetal, y el vegetal por los animales, y los animales destrozados entre sí en guerra perdurable y atroz para poder sostenerse la pirámide cruenta del mundo y concertarse las esferas de la vida! ¡Cuán terrible revelación la del ave carnicera, para quien creía todas las aves canoras; la del bruto feroz, para quien creía todas las especies sumisas; la del reptil venenoso, para quien creía todos los seres buenos; la del mono burlón, para quien contaba con el respeto universal! Erizos presentando sus espinas, musarañas en montones de inmundicia, gusanos que salen de las hojas podridas, topos que se ahogan en ríos cenagosos, bandadas de murciélagos que fingen oscuras nubes en el horizonte manchado, osos hambrientos que saltan de roca en roca devorándose unos á otros y tiñendo todos con su sangre los témpanos de hielo, panteras mancha-

das que hacen resonar con sus aullidos las cavernas, sapos que saltan entre los piés, cocodrilos aquejados de hambre voraz, aves de rapiña que vuelan sobre la frente asombrada, víboras que aguijonean sus áspides, serpientes que vibran sus látigos, quejidos, lágrimas, resuellos, estertores, he ahí todo cuanto al Adán de la tradición se le presentaba y ofrecía en la hora nefasta de su salida del Paraíso. En vano Eva pedía con grandes instancias auxilio á los animales que había visto vagar tranquilos por el Paraíso: todos estaban á una sublevados en la tierra convulsa y subvertida. En vano levantaba los brazos al cielo, sordo el cielo á su clamor y á su plegaria. El horizonte se había encapotado con bien espeso y negro sudario. La universal y serena luz de antes habíase trocado en el centelleo de los relámpagos y en el estallido de truenos y de rayos. Cualquiera hubiese dicho que los remordimientos de aquellos dos seres se reflejaban en el espacio. Eva retorció sus brazos al dolor mientras Adán lo guardaba en el abismo de su silencio. El hambre y la vergüenza los atormentaba con terribles tormentos. No hubieran vivido si árbol piadoso no les prestase algún fruto mejor que aquel mordido en su edén. Cada caverna donde pudieran guarecerse tenía un bruto feroz, cada repliegue del suelo una víbora, cada onda de los ríos un caimán; insectos veneno-

mp 1/2

sos á guisa de animados átomos henchían los aires y aves carniceras en manadas graznaban por los cielos casi negros y entre las nubes tonantes.

¿Qué consuelo podía quedar al hombre? ¿Qué asilo? ¿Qué refugio? Sobre todo, ¿cómo sobreviviría la mujer? Imaginaos la delicada Eva en abierta lucha con todas aquellas enfurecidas especies, imagináosla, y se os partirá el alma. Pero, de súbito, siente grande alegría interior nuestra primera madre, una indecible alegría. A cierta palpitación de sus entrañas habíasele como esclarecido la mente, como avivado el corazón. Su sangre latía con mayor fuerza en las sienes, respiraban sus pulmones con mayor facilidad en el pecho. La exaltación de su dolor habíase convertido en exaltación de regocijo. ¿Por qué? Porque sentía en su seno un nuevo sér, y la presentida existencia de éste la daba fuerzas para vivir y para luchar. Iba, con auxilio del cielo, á ser en el mundo subvertido, lo que nunca fuera en el edén sereno. Iba la infeliz á ser madre. Toda la vida intensa y secular de nuestra especie se reconcentraba en aquel diminuto sér de su seno, germen precioso de la futura humanidad. El primer salto que había dado en sus entrañas la inundaba con una felicidad, siquier mezclada de dolor, como nunca sintírala igual en los conciertos del edén. Lo primero

que la trajo la desconocida y esperada criatura fué deseo de vivir, sí, de vivir para ella. Lo segundo, una confianza sobrenatural en su victoria sobre todas las amenazas del universo airado. Lo tercero, el nacimiento de aquella virtud, á cuyo empuje obrará la humanidad todos sus milagros, el nacimiento de la esperanza. ¿Qué sér se atrevería, entre todos los seres más crueles, á herir y devorar á una madre? Cuando Dios la daba esta grande compensación á sus dolores entre las batallas de una guerra cruentosísima, era porque había menester para el plan divino de su creación universal aquellos dos seres tan desgraciados. Su blando seno parecía como un botón de azucena, según guardaba mieles y aromas de futura vida. Oyólo sollozar un día, y quedó con éxtasis arrobada, por más que la primera manifestación de su existencia fuese tan sólo una manifestación de dolor. Cuando el primer fuego de la vida se derramara por sus venas y arterias no sintió un deliquio tan grande como el sentido al contacto con esta primera lágrima interior del hijo de sus entrañas. No estaban solos. Adán la parecía mejor y más hermoso, por haberla, con el fuego de su amor, encendido en el corazón aquella santa pasión de madre. Su ruego, el ruego de una mujer bendecida por tal ministerio, intercediendo á favor de su pequeñuelo, debía subir hasta las alturas, y

desarmar la cólera celeste. En efecto, la vida superior de los dos esposos dilatábase y aumentábase con grandísima dilatación y aumento en aquel amor. Sus lágrimas se mezclaban en los respectivos senos como las gotas de rocío en los cálices respectivos. Uno y otro, los dos esposos, holgábanse, anticipando el momento en que debían llevar al brazo el fruto de sus amores. El calor de tanta vida iba de nuevo á serenar la tierra. De tantas esperanzas como latían en el corazón de una madre, iban á brotar flores pintadas y aromáticas. Podía parirlo Eva con dolor; pero bendeciría ese dolor que la daba un hijo. Ya podía el buho mirarla con mirada siniestra, el tigre perseguirla con sus garras, el mono burlarse de ella con sus gestos; opondría en su felicidad increíble á todo y á todos el escudo incontrastable de su maternidad. Así ambos esposos llegaron á conocer que debían vivir, y vivieron. La guerra de los elementos y de las especies iba seguramente á estrellarse contra los que llevaban en sí la renovación del sér y de la vida. Eva iba sintiendo todas las revelaciones de la maternidad, y adivinando que necesitaba un arte instintivo para mecer y arrullar á su pequeño, una medicina revelada para curarlo, una filosofía intuitiva para conducirlo por el mundo, una religión para llevarlo, si preciso era, en sus alas, al seno de la eternidad. Amaba Eva con

amor indecible al hijo de sus entrañas, y el amor había vencido al infierno, y el bien, merced al amor, concluiría por sobreponerse al mal y volver á convertir en Paraíso la tierra.

¡El mal! Eterno enigma del mundo. Por más que lo miramos y remiramos no hacemos otra cosa sino sumergirnos en una especie de maravilla y de pasmo al querer explicarlo. El misterio es la sombra que proyectan en lo infinito las ideas universales. Junto al éter, que ha cuajado y cristalizado el tiempo en astros, existe una materia impalpable, materia de muerte, materia de negación casi, en la cual rozan todos los orbes, dejando átomos de su vívida sustancia, como se deja el náufrago los minutos de su vida en el encrespado y terrible oleaje de las tormentas. Sí, el hálito de la muerte llegará con su frío adonde llegue, con su calor, el aliento de la vida. Entre los ángeles mismos penetró la sombra del mal. Así las gigantes alas se le cayeron á Luzbel, arrastrado por huracanes de tonantes electricidades y los torbellinos de vientos incendiarios al infierno. El que tendió las cuerdas de los rayos luminosos en las arpas de los soles, apenas parece una pobre arista por el viento arrastrada y por el fuego consumida en las espirales del mal. ¿Dónde vas, arcángel de las tinieblas, relampagueando ira, perdido en lo inmenso como uno de los aereolitos que

los astros escupen, como uno de los cometas que parecen al acaso nadar en lo infinito? Dime á quién te diriges cuando gritas, como el águila, entre dos nubes de opuesta electricidad cargadas. ¿Ese grito no quiere decir que aun crees y aun esperas en el Supremo Bien? ¡Qué carrera de amargura llevaría Luzbel en su caída! Ora el cuitado recorrería un desierto en que cuajasen los vientos fríos, á guisa de granizos, las lágrimas en sus mejillas; ora se perdería en la materia incandescente, donde hierven las nebulosas, dejando allí las plumas de sus alas consumidas por el fuego; ya cabalgaría sobre un rayo de sol ardiente, buscando anheloso el ósculo de una brisa refrescante; ya se acostaría en una estrella, para pedirle que le sirviera de ataúd y sepultura en su esperanza única, en la muerte; ya se arrepentiría, y, queriendo volver á la gloria, mordería sus propias carnes de rabia ó de impotencia; y herido, jadeante, mortal, agonizando y sin morir, entraría en las profundidades más terribles de las tinieblas insondables, y allí desquitaría de todos sus dolores, lanzando á lo infinito, en su ira y en su pena, trombas de blasfemias. Pues, llegado el mal á la eternidad misma, ¿qué mucho si había herido al hombre? ¿Qué mucho si había también halagado y seducido á la mujer? Eva pensaba que con la maternidad habíase acabado todo su

castigo, y también hay pena, también dolor para las madres.

Contaba Eva dos hijos ya, y en su ignorancia de la vida, no podía creer que llegase á ninguno de los suyos la muerte. Desde que supiera el mal por su culpa, sabía también cómo los seres pereceros fenecen. Habíalos visto desgarrarse unos á otros en batallas sin cuento, y todos consumirse á una en piras sin fin. Pero imaginaba que la muerte no podía llegar á los humanos. Dios les había dicho que para sustentarse trabajarían con dolor, y no solamente habían trabajado, sino también combatido. Habíale dicho á la mujer especialmente que pariría con dolor, y con dolor había parido. Mas todo les callaba la muerte, y, naturalmente, creían ser achaque reservado á los demás seres y no propio de la humanidad. Así como, puesto el sol, queda por el ocaso un crepúsculo resplandeciente, puesta ó acabada la inocencia paradisiaca, todavía quedaban reflejos y reverberaciones de sus últimos resplandores en la frente de nuestros padres, y á consecuencia de tal estado, no creían en la muerte. Veía Eva todos los suyos alrededor, y no le pasaba por las mientes idea ni sospecha de su desaparición. Había nutrido á sus pequeñuelos con tal cuidado y puesto en ellos su vida entera con tal amor, que los juzgaba inmortales. Adán vivía junto á ella, y Caín

con Abel junto á su Adán. Por consecuencia, no aparecía la muerte cruel en ninguna de las perspectivas abiertas á sus ojos, ni en ninguno de los horizontes que por doquier dilataba en todas direcciones su esperanza. La familia vivía y se desarrollaba en paz. Abel, que acababa de penetrar en la mocedad, había cogido un oficio en consonancia con la complexión pacífica dada por el cielo á su íntimo sér. Algunos animales conservaban aún la sumisión y la obediencia que allá en el edén. Descollaba entre todos, por su temperamento dulce, por sus lanas blandísimas, por su balido tierno, por sus condiciones de paz y de ternura, la pobre oveja, que, á mayor abundamiento, propendía por su natural á formarganado; con todo lo cual ofrecía sin tasa ricos presentes al pastoreo y al pastor mismo. Imaginaos cuán ricas sus carnes tostadas en las hogueras, cuán regalado el zumo de sus tetas recogido en los cuernos. El hombre primitivo iba distinguiendo en la creación los animales hostiles de los animales sumisos, y asociando así fuerzas muy aprovechables á su vida y cooperadores muy útiles á su trabajo. El pastoreo exigía en el pastor condiciones análogas á las condiciones propias de los borregos y de las ovejas; exigía dulzura, paciencia, conformidad, paz; reducido como estaba en su condición á reunir por la madrugada el ganado, conduciéndolo

á pastar la hierba cargada de rocío; guiarlo, en calentando el sol, al arrimo y sombra de hayas ó encinas; volverlo, después que cada cual de los animales saca la cabeza, puesta bajo el vientre de su compañero, al aire tras el sesteo; volverlo hacia el pasto de nuevo, y luégo reinstalarlo, al caer la sombra de los montes y levantarse los humos de las chimeneas, al redil, donde lo vigila y lo custodia el perro toda la noche. Semejante vida le traía paz en su cabaña, leche blanca en sus odres, carne sabrosa en su hogar, pieles para vestimentas del cuerpo, víctimas para los sacrificios, el bien propio de quien sólo desea que naturaleza ofrezca pródiga en el campo abundantísimas praderas al rebaño.

Caín empleaba su actividad en trabajos bien diversos. Dado por su propensión al cultivo de los campos, tenía que procurarse tierra vegetal, tan libre de plantas parásitas como de animales feroces. En su propósito necesitaba desbrozar el terreno indispensable al cultivo; y para desbrozar el terreno indispensable al cultivo, necesitaba descuarjar las selvas primitivas; y para descuarjar las selvas primitivas, combatir, así con los árboles seculares, como con las bestias feroces. Imaginaos, en aquella ruda tierra, de tan gigantescas plantas y de tan enormes animales, un hombre desarmado por completo, á merced y arbitrio de todos los elementos

airadísimos, sin más recurso que los incendios conseguidos por la chispa del pedernal arrancada, sin más arma que una piedra recién pulida en forma de hacha, y decidme luego cómo se las había de componer para superar tantas contrariedades insuperables, si no recurría con empeño á las fuerzas de todo su cuerpo, y cómo había de usar estas fuerzas si no las empujaba por el odio intenso de su corazón. Adán recorría las montañas, oyendo gozoso el ruido de los vientos en las selvas y respirando el aliento embriagador de la tempestad. Pero cada paso suyo implicaba un combate á muerte con todos los seres á su alrededor esparcidos. Los ceibos de ramas unidas y entrelazadas en una especie de laberinto intrincadísimo; las zarzas y los abrojos colosales; el helecho, mayor que nuestros arbustos de ahora; las lianas con sus redes tan espesas; las cavernas pobladas todas ellas de brutos feroces; el maullido de los tigres que saltaban de árbol en árbol y se veían en acecho perpetuo sobre sus presas; el rugir de los leones calenturientos; las aves carniceras casi ebrias de odio hubieran puesto miedo en otro ánimo que no sintiera tantas iras como el ánimo de Caín, engendrado para la guerra, cual si en vez de haber nacido del amor, hubiera nacido del odio. Así adoraba la muerte, sí, la muerte de los vegetales que le abrían paso á su

tierra cultivable, la muerte de los animales que se oponían á la obra de su trabajo. Y cubierto de humo, tinto de sangre, la mirada torva, los labios contraídos por la tensión interna, el cuerpo todo acribillado de cicatrices, desgarradas las toscas pieles de sus vestimentas por las uñas aceradísimas de los brutos carniceros, el aliento encendido, como una fragua el pecho, al cinto la onda y la flecha, parecía siniestra y sombría imagen del odio consagrado perpetuamente al combate y al exterminio. Así le gustaba el hedor de los cadáveres y se complacía en ver por todas partes el imperio de la muerte.

Abel compartía la inocencia de su pobre madre por razón de su contextura moral. No creía, pues, en la muerte. Había visto secarse la hierba, deshacerse la mariposa, rodar las hojas secas, morir el corderillo, había visto la muerte por todas partes, menos en los dominios del hombre. Mientras su hermano veía doquier la guerra, él veía la paz. Así decía que, si la flor se deshojaba, era para dar el fruto, y que si el fruto caía sobre la tierra, era para dar con la semilla origen á frutos nuevos. Bajo tal condición, empleando melodioso acento, en el cual iban como contenidos todos los futuros idilios, Abel invocaba la vida y sus bienes, á fin de que creciera en los vellones de las ovejas, brotara en la hierba de los campos, sonriera en los

matices del alba, destilara en las gotas del rocío, luciera en las reverberaciones del astro, y en tantos espectáculos pudiese comprender su hermano cómo estaba rota y vencida ya definitivamente y para siempre la implacable muerte. No podía, pues, Abel creer en el dominio de esta sobre los hombres. Si murieran los hijos, de seguro se negarían los padres á sobrevivirlos, según su pasión por ellos. Abel, que pensaba cómo su madre les quería, con qué ternura les diera vida y alma, cuánto se desvelara por su bien, resistíase á creer en la muerte de aquellos á quienes llamaba Eva hijos, y con cuya vida estaba enlazado, desde las raíces á la copa, el árbol de la familia. Aquellos sus lloros mezclados con sonrisas, los besos y los suspiros juntos, el piadosísimo culto prestado á la niñez, el celo por los juegos cuando eran niños, el sacrificio en las alturas por su prosperidad en las mocedades, la pregunta inquieta, la reconvencción dulce, la vigilia por el sueño suyo, todas aquellas muestras múltiples de cariñoso afecto, de un amor sin igual, indicaban en el delicado sentir de Abel que la vida no podía extinguirse mientras guardase una sacerdotisa, tal como la madre, su fuego sagrado. De morir Caín con Abel, moría Eva también. Y morir la que les había dado la vida, la que les había hecho con la educación un alma, la que les había preservado á las asechanzas innume-

rables del mundo, la que les había infundido el sentimiento en los corazones, la que les había enseñado á orar y andar, la que los iluminaba con sus ojos, los defendía con sus brazos, los encaminaba por los senderos del mundo, los acorría en sus tristezas, les enjugaba las lágrimas y consumía la vida entera en velar por ellos y atender á ellos, morir un sér así parecíale imposible, porque con la muerte de tanto amor, de tanta vida, de tanta luz ¡oh! se desquiciaría el universo entero viniendo la destrucción eterna y se apagaría el sol mismo viniendo la noche universal.

Dos fuerzas bien contrarias luchaban en aquellos dos hombres bien distintos. El uno representaba la paz en el pastoreo, el otro la guerra con todas las especies que se oponían á su imperio sobre los campos. El uno había tendido la mano para recoger los seres á su autoridad sumisos por lo blando de su condición, mientras el otro había luchado y luchado con todos los elementos para sojuzgarlos y rendirlos como el conquistador acomete su conquista. Abel en la pradera, con su ganado, parecía el comienzo de todos los idilios, mientras Caín, en los montes, con su hacha, parecía el comienzo de todas las tragedias. Éste arrancaba los árboles, destruía los peñascos, buscaba en sus madrigueras los brutos, hería con sus resuellos las estrellas, luchaba en

guerra perdurable, y saltando de piedra en piedra, tras de sí dejaba el incendio y ante sí abría la batalla. Unas veces el hacha y otras veces la flecha le habían servido para dar de sus enemigos razón. Pero, á lo mejor, no bastaba esto, y se veía constreñido á reñir con ellos cuerpo á cuerpo. El aire lleva por todas partes sus aullidos, más feroces que los aullidos de todos los brutos implacables y de todas las aves carniceras. La tierra bebía sangre derramada por sus manos. Un rastro de cadáveres insepultos se veía por donde quiera que iba. ¡Como su poderosa mano asestaba el golpe, su torva vista seguía las impresiones del dolor y los estertores precedentes á la muerte, su sér todo se gozaba en los estremecimientos de aquellos cuerpos convulsos y en los horrores de aquellas agonías terribles! Muchas veces, cuando su presa ya estaba rendida y casi muerta, cebábase con furor en ella, cual suelen cebarse las hienas en los cadáveres. Otras veces deteníase con satisfacción á contemplar el bosque abrasado, y á ver cómo subían las llamas en espirales á lo alto y bajaban los reptiles tostados á lo profundo en aquella terrible desolación. La lluvia de cenizas que se aglomeraba sobre su cabeza, y el torbellino de ayes que rasgaban sus oídos, no podían detenerlo un instante siquiera en aquella obra de odio y exterminio, á la cual de consuno le incli-

naban todas sus terribles propensiones y todos los hábitos alcanzados en la guerra sin término.

Caín odiaba y combatía. Cuando, para calmarlo, hablábale Abel de su padre, de su madre, del amor, de la bondad y de la virtud, Caín le contestaba que no conocía otro padre sino el huracán violentísimo, ni otra madre sino la tempestad desatada. En verdad su hijo era el arco, su esposa el hacha, su incentivo el hambre, su amor el fugaz instinto de la reproducción, su trabajo el combate, su vivienda la caverna, su placer mirar cómo se desgajaban los montes cuando el volcán abría sus fauces, y cómo danzaban fantásticamente las nubes cuando las barría el huracán, y cómo se desprendían las pieles de las carnes y las carnes de los huesos cuando alcanzaba una presa, y cómo su vida bajaba de golpe en golpe y de salto en salto á guisa de gigante catarata impeliendo y arrastrando en sus remolinos y en sus espirales cadáveres y ruinas. ¡Cuánta diferencia entre tal vida tempestuosa y la vida serena de aquel su hermano, quien se vestía con pieles de oveja, se apoyaba en el cayado cogido á un árbol próspero, conducía por doquier al recental que le regalaba las orejas con su balido, y vivía en amor con su familia, que le adoraba, y en compañía de su perro que le saltaba con cariño al hombro y le lamía con sumisión los piés. Todo estaba en perfecta con-